

## Capitulo XVII.

Fin de Guatimozin.

Hernan Cortés conferenció con sus capitanes, y despues de dictar las disposiciones convenientes para estar al abrigo de cualquier golpe de mano, acordaron conducir á una prision á Inhijambia.

Esta, que preveía lo que iba á suceder, acariciaba la idea de sepultar el puñal en el corazon del valeroso caudillo de los españoles.

—El vendrá,—se decia,—á preguntarme si soy ó no cómplice de esa conspiracion. Entrará el primero; yo le aguardaré detrás de la puerta, y en viéndole, caeré sobre él con la rapidez del jaguar.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando sintió un ruido que cada vez se hacia más perceptible.

—Ahí viene,—dijo con siniestra alegría.

La puerta se abrió, y un instante despues se oyó un doloroso gemido.

Uno de los servidores que precedía á Cortés caía bañado en sangre.

El caudillo y los demás que le acompañaban desenvainaron las espadas, y al penetrar en la estancia llegaron á tiempo para evitar que la india se diera muerte.

—¡Ah!—decia en medio del mayor furor.—¡Mi brazo se ha equivocado! ¡Dejadme que muera, porque ya no me queda esperanza en el mundo!

Hernan Cortés ordenó que la condujeran á una prision, mandando tambien que inmediatamente se reuniera el tribunal que habia de juzgarla.

El proceso se instruyó con asombrosa rapidez.

Inhijambia fué llamada á declarar en presencia de los jueces.

—¿Qué proyecto abrigábais al acechar la llegada de nuestros hermanos?—le preguntó con acento severo uno de los jueces.

—Quería acabar con la vida de Hernan Cortés.

—¿Y qué os proponiais con eso?

—Sé que voy á morir y por lo tanto voy á confesar la verdad.

Yo odio á muerte á los verdugos de mi patria; yo no puedo olvidar que ellos son causa de todas nuestras desventuras; y al mismo tiempo que deseaba vengarme, acariciaba la esperanza de poder salvar al único dueño de mi corazon, al que amo con toda mi vida.

Sí,—prosiguió;—yo aspiraba á salvar á Guatimozin, porque me ha prometido corresponder á mi amor, porque he oido de sus lábios la confesion de que estaba arrepentido de su conducta de que me consagraria toda su existencia.

—Bien está. Conducidla de nuevo á la prision, que dentro de breves instantes saldrá á expiar su criminal atentado.

Inhijambia salió en medio del asombro de todos, por la entereza, por la serenidad conque habia oido aquella terrible sentencia.

Por unanimidad fuó condenada á la pena de horca, y Hernan Cortés, temeroso de que los conjurados llegasen á libertar á Guatimozin, para evitarlo y para atemorizarlos, dispuso que sufriera igual pena.

Algunos mejicanos, de los que más odiaban al que habia sido su monarca, [dijeron á los españoles que antes de ejecutarle debian procurar que declarase dónde ocultaba los numerosos tesoros que poseia.

Esta idea fué acogida por todos, y no faltó quien propusiera que por medio del tormento se conseguiria que revelase la existencia de sus tesoros.

Hernan Cortés, que habia tenido ocasion de conocer los sufrimientos de Guatimozin, no queria prolongarlos, si bien se veia en la necesidad de dejar caer sobre él el cuchillo de la ley.

Pero cedió á la opinion de los capitanes, y dispuso que á la muerte del infortunado monarca precediera el tormento.

A la mañana siguiente á la escena que acabamos

de referir se presentaron en la prision del monarca los bárbaros ejecutores de aquella sentencia.

Acababa de hacer su frugal desayuno, y sorprendido del aspecto sombrío y amenazador que á la primera mirada observó en los verdugos, preguntó con alguna emocion:

—¿Qué quereis de mí?

—Hemos sabido que ocultais tesoros cuantiosos, y deseamos saber su paradero.

—Estais equivocados; nada poseo.

—Ya nos han dicho que negaríaís; pero lograremos que al fin declareis lo que deseamos.

—Os han engañado villanamente.

—Te has obstinado néciamente en no confesar el paraje donde guardas tus riquezas,—dijo con áspero acento el intérprete Aguilar, que era uno de los que mejor habian acogido la idea de apoderarse del tesoro;—pero Hernan Cortés te ha condenado á sufrir la pena del tormento hasta que reveles tu secreto.

—No os entiendo,—contestó el príncipe, recobrando toda su serenidad,—aunque no se me oculta que debo morir.

El tormento me habeis dicho, me arrancará el secreto de mis tesoros: he afirmado con palabra de rey que nada poseo ya en el mundo, y cualquiera que sea la muerte que me destineis, [nada podré deciros en contra de tan solemne declaracion.

—Lo dirás en el tormento, no lo dudes, idólatra tenaz,—replicó con feroz sonrisa uno de los soldados. Otros más fuertes que tú han cedido á esta clase de

interpelacion. ¿Sabes lo que es el tormento? No es la muerte, no; es cien veces peor. Estás sentenciado á tener hoy por tálamo régio unas parrillas candentes. ¿Entiendes ahora? Vas á ser quemado á fuego lento.

Guatimozin, con un valor que asombró á cuantos hallaban á su lado:

—Estoy á vuestra disposicion,—exclamó cuando terminó su relacion el soldado.

Se pusieron en marcha, y un instante despues llegaron al sitio escogido para el martirio.

La desenfrenada soldadesca esperaba impaciente, y acogió con gritos de feroz júbilo á la desgraciada víctima.

Tenian ya preparadas las parrillas en que debia sufrir el tormento del fuego, y se las mostraban aquellos bárbaros, diciéndole sarcásticamente:

—Mira que magnífico lecho vas á tener. ¿Preferirás descansar en él antes de declarar dónde ocultas los tesoros?

Guatimozin los miraba con desprecio, y se adelantó con seguro paso y majestuosa actitud al encuentro del verdugo, que venia de examinar los instrumentos del suplicio.

Cuando trató de atarle para que no se moviese:

—No es necesario,—dijo.

Y se recostó con calma en el infernal lecho.

Ni un solo quejido exhaló el desventurado monarca, á pesar del horrible sufrimiento que revelaba su semblante.

Hernan Cortés, asombrado de tanto heroismo, é

indignado profundamente por la crueldad de los implacables ejecutores que lo contemplaban sin emoeion, corrió á arrancar de sus manos á la ilustre víctima, y dominando á la feroz muchedumbre con la poderosa energia de su voz:

—Este infeliz no tiene oro, ó se encuentra con valor suficiente para morir sin revelar dónde le oculta. No debemos ser tan inhumanos que prolonguemos su tormento.

Y haciendo una seña al verdugo, se apoderó este de Guatimozin.

Un instante despues, el nombre de Guacaleinla resonaba en el espacio, acompañado de un tristísimo adios.

Guatimozin pendia ya de la cuerda funesta.

Tambien fué ahorcada el mismo dia Inhijambia.

La apasionada india murió maldiciendo á sus verdugos, y asegurando que los dioses castigarían el feroz atentado que cometian los españoles.

Hernan Cortés, á pesar de que habia tenido que ordenar aquellas ejecuciones para evitar males mayores, se sentia entristecido, y durante algunos dias no se apartaron de su imaginacion, ni el valor que en sus últimos momentos habia demostrado Guatimozin, ni las amenazas que en tonó profético pronunció Inhijambia.

---

## Capítulo XXX.

---

Donde Hernan Cortés trata de poner el territorio conquistado en condiciones de prosperidad.

El héroe inmortal de nuestra historia dió al terreno conquistado el nombre de Nueva España.

Deseaba á toda costa ponerle en condiciones de prosperidad, para llegar al fin del objeto que se había propuesto al emprender aquella gigantesca expedición.

—Para que no sean estériles los triunfos que he alcanzado,—se decía,—necesito fortificar la ciudad; para fortificarla necesitareé aumentar las piezas de artillería; pero la verdad es que por todas estas comarcas no se encuentra plomo ni hierro, y no sé cómo podré conseguirlo.

Voy á preguntar, sin embargo, á uno de mis mejores amigos mejicanos, y él me sacará de la duda.

Hizo que le avisasen, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—¿Hay en este territorio minas de estaño y criaderos de hierro?

—No tengo noticia de su existencia.

—Lo siento infinito, porque pensaba construir algunas piezas de artillería, y voy á tener que renunciar á mi propósito.

—Un medio hay, sin embargo, de que podais realizarlo.

—¿Cuál?

—En un pueblo que se llama Tachco, distante unas veintises leguas de aquí, recuerdo haber visto en casa de uno de los señores platos de estaño y unas piececitas del mismo metal, del tamaño de vuestras monedas.

—¿Y consentirán en deshacerse de esos objetos?—dijo Cortés.

—No tengo la menor duda, siempre que los pagueis á buen precio.

—En ese caso vais á hacerme el obsequio de ir á adquirirlos.

Estoy á vuestras órdenes.

Hernan Cortés le dió una bolsa bien provista de oro, porque los de Tachco, al ver el interés que demostraban los españoles en adquirir el dorado metal, empezaban á comprender su valor; y el mejicano partió á desempeñar su encargo, acompañado de algunos indios de carga.

Seis dias despues regresaron los expedicionarios,

trayendo estaño en cantidad suficiente para la construcción de cinco culebrinas.

Cuando estuvieron terminadas:

—Ahora debo atender,—exclamó Cortés,—á la aclimatacion y propagacion del ganado vacuno, de cerda, mular y caballar.

No sólo conseguiré sentar las bases de la riqueza agrícola, sino que proporcionaré abundantes y nutritivos alimentos á la poblacion.

Sé que en las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan de Puerto-Rico y Jamáica encontraré todo esto, y voy á mandar inmediatamente emisarios á buscarlo.

La fama de la conquista habia traído, como hemos dicho, á muchos de las ciudades y pueblos inmediatos, pero escaseaban las mujeres.

Cortés, que deseaba vivamente que se aumentase el número de vecinos, comunicó á las poblaciones conquistadas la conveniencia de que mandasen mujeres, y remitió dinero á España con igual objeto.

Ofrecia grandes ventajas á los de la Península que quisiesen ir á poblar aquellas tierras, y no fueron pocos los que se aprovecharon de estos ofrecimientos.

El comendador Leonel de Cervantes fué uno de los que acogieron con más entusiasmo aquella proposicion.

Fué con siete hijas suyas, que más tarde contrajeron ventajosos enlaces con opulentos mejicanos y con algunos españoles de distincion.

Sin descansar un momento, llamó á uno de sus capitanes de más confianza y le dijo:

—Ya veis cuánto tenemos que agradecer á la Providencia, despues de haber conquistado esta ciudad, que parecia inexpugnable, y de haberla reedificado con arreglo á los adelantos de la civilizacion, hemos conseguido tambien fortificarla, y en breve se hallará dotada de sanos alimentos, que nos evitarán sufrir las privaciones que con héroica resignacion hemos arrostrado en tiempos no remotos.

Todo lo que habia en estos contornos que podia sernos de alguna utilidad, que podia servir para el fomento de la riqueza pública, lo he adquirido. Pero aún carecemos de otras cosas importantes, que sólo de España pueden enviarnos.

Vais, pues, á partir para participar al monarca los resultados obtenidos, y al mismo tiempo á suplicarle en mi nombre que envíe armas, hierro, artillería, pólvora y herramientas para el laboreo de las minas. Decidle tambien que serán de suma utilidad simientes de todas clases, y encarecedle la importancia de que acceda á mis ruegos cuanto antes.

—Sereis servido,—contestó el capitán.

—Procurad ver á mi buen amigo Francisco de Montejo. Enterarle minuciosamente de la situacion en que nos encontramos, y procurad averiguar qué vientos corren por la córte. Es posible que mientras aquí estamos arrostrando tantas penalidades para aumentar los dominios españoles, el obispo Fonseca y sus secuaces estén trabajando para empañar

el brillo de la conquista, para arrebatarme toda la gloria, para disfrutar los beneficios que legitimamente me corresponden.

—Estad descuidado, que haré cuanto me indicáis.

El capitán se despidió.

Un instante después se trasladaba á bordo con los que debían acompañarle en su viaje á España.

En tanto que los expedicionarios se daban á la vela para desempeñar aquella importante misión, se dirigían otros emisarios á las islas de Cuba, Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico y Jamáica en busca de vacas, ovejas, cabras, ganado de cerda, mular y caballar.

Se proporcionó también de las mismas islas cañas de azúcar, moreras para el cultivo de la seda, sarmientos y otras plantas, y con todos estos elementos comenzó á labrar la futura riqueza de aquella parte del territorio español.

Haciendo nuevas exploraciones por el terreno, encontró muchas y ricas minas de oro y de plata, y con su producto pudo atender ó la adquisición de cuanto llevamos dicho, á pesar del precio fabuloso á que los de Cuba, Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico y Jamáica vendieron lo que se les pedía, conociendo la necesidad que de ello tenía Hernán Cortés.

Para facilitar las comunicaciones, construyó caminos, y atendió también á la desecación de pantanos para mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad.

Los indios le ayudaban con eficaz actividad, y se sorprendían de que en tan poco tiempo se hubieran operado tan importantes transformaciones en su país.

## Capítulo XXXI.

### Intrigas.

Cuando el capitán comisionado por Cortés llegó á España, se hallaba el monarca en Alemania, preocupado con la desastrosa guerra de los Países Bajos, que agotaba los recursos de la Península.

El obispo Fonseca conversaba con su confidente Anton Perez, y le decia:

—Por más que nuestro enemigo Hernan Cortés se esfuerce en noticiar al monarca los triunfos que alcanza, no le conseguirá nunca. Con el sistema que hemos adoptado de interceptar todas sus cartas, el emperador no sabrá jamás la verdad de lo que ocurre en las Indias. Entre tanto, Velazquez podrá ir ganando terreno, y pronto realizaré el sueño de toda mi vida.

—Ya veis que yo hago por mi parte cuanto puedo por ayudaros.

—Lo sé, y sólo espero el día del triunfo para premiar como se merecen vuestros servicios.

—No lo decia yo por tanto; harto pagado estoy con la amistad con que me distinguís.

El enviado de Cortés supo que el emperador no se hallaba en la corte, y no quiso entregar los despachos al obispo sin consultar antes á Francisco Montejo.

Pero tampoco encontró á este.

El obispo Fonseca favorecia tanto á Velazquez, porque tenia el proyecto de casarle con su sobrina Petronila.

—Velazquez es ya muy rico,—se decia;—lo será más gracias á mi proteccion, y cuando sea gobernador de Méjico, la hija de mi hermano no puede encontrar un enlace más ventajoso.

Pero no sabia que Francisco Montejo trabajaba para destruir sus planes.

Este fiel servidor de Hernan Cortés, para enterarse de los planes de su impacable enemigo, concibió la idea de hacer el amor á Petronila.

Pero la verdad es que concluyó por enamorarse por completo de ella.

Un día, cediendo al amoroso sentimiento que le dominaba:

—Petronila,—le dijo,—¿me perdonareis si os hago una revelacion?

—¿Qué quereis decir?

—Juzgadme con toda la severidad que merezco: al dirigirme á vos por la primera vez, no me impulsaba el amor, sino el cálculo, el interés, el egoísmo.

—¿Es posible?—dijo alarmada la jóven, creyendo que iba á tener que lamentar un desengaño del que ya era dueño de su corazón.

—Sí; yo tenia una mision sagrada que cumplir. Mi amigo Hernán Cortés, el valiente caudillo que tan inmarcesible gloria ha adquirido en las Indias, sabia que vuestro tío conspiraba en contra suya. Yo me dije: el mejor medio para descubrir todas sus maquinaciones es enamorar á su sobrina; si ella me corresponde, habré logrado mi objeto. Hoy, á ese sentimiento egoísta ha reemplazado uno dulce, generoso, que me hace adivinar una vida que no conocia, que me hace desear más y más el hallar eco en vuestro corazón. Os amo con toda mi alma, y os suplico que perdoneis á un loco porque loco es el que al veros ha creído un momento que podríais serle indiferente.

—No merecíais que os perdonase por haber procedido con tanta doblez,—dijo Petronila, ruborizándose al pronunciar estas palabras.

—¡Ah! Que feliz me haceis, alma de mi alma, con vuestra candorosa ingenuidad. Os agradezco infinito que me perdoneis en gracia de la noble idea que me guiaba al fingir una pasión que no sentía, cuando aún no habia tenido ocasion de conocer vuestro angelical carácter y la pureza de vuestro corazón.

—¿Qué puedo yo negarte, cuando tan feliz soy al

ver que he despertado en tu pecho el mismo sentimiento que me inspiraste desde el momento en que te ví?... Pero oigo pasos; retírate, ilusión de mi vida, mi dueña doña Purificación se aproxima, y no quisiera que nos sorprendiera hablando. Adios.

Adios, luz mia.

Montejo se alejó.

Hay que advertir que esta escena pasaba en un pueblo inmediato á Valladolid, razón por la cual no habia encontrado á Montejo en la corte, que estaba en dicha ciudad, el soldado portador de los despachos de Cortés.

Un dia despues de la entrevista á que hemos asistido llegaba al pueblo donde residia Petronila y sus padres su tío el obispo de Fonseca.

—Buenos dias, querido Antonio,—dijo el enemigo irreconciliable de Cortés al hallarse en presencia de su hermano.

—¿Qué buena nueva te trae por aquí?—inolvidable Juan.

—Un asunto que de seguro te ha de agradar. Necesito que hablemos á solas, porque el caso lo requiere.

—Haré lo que tú gustes. Pero dime pronto el objeto de tu viaje, porque has escitado sobremanera mi curiosidad. Vamos, pues, á una habitacion en que nadie nos interrumpirá.

—Vamos,—contestó el obispo, siguiendo á su hermano.

Una vez allí, exclamó Antonio:



—Comienza, que te escucho con atencion.

—El asunto que aquí me trae es el de proponerte un enlace ventajoso para Petronila.

El padre de esta manifiesta una gran alegría, porque en todos tiempos ha sido y es el más constante afán colocar á las hijas.

—¿Y quién es el doncel que aspira á formar parte de nuestra familia?

—Escúchame hasta el final, y verás si debemos aprovechar la ocasion.

—Sea como tú quieras.

—Ya sabes que cada día son más favorables los resultados que se obtienen en la expedicion á las Indias. El monarca, nuestro señor, el emperador Carlos V, preocupado con las guerras de Flandes, no puede apreciar como yo todos los descubrimientos y conquistas realizadas...

—Pero ¿qué tiene que ver la conquista de las Indias con lo que me has indicado antes? interrumpió Antonio.

—Si continúas interrumpiéndome de ese modo, no terminaremos nunca.

Antonio hizo un gesto de impaciencia.

Juan prosiguió:

—Decíamos que cada vez eran más satisfactorias las noticias que se recibían de las Indias. Pues bien; el valeroso caudillo que las está llevando á cabo es mi amigo don Diego de Velazquez, que es con el que te propongo casar á tu hija.

—Pues si no estoy mal informado, el que ha rea-

lizado todos los triunfos obtenidos hasta ahora ha sido Hernan Cortés.

—Estás en un error.

—Hombre, así lo he oído referir á un soldado que ha venido de las Indias, y que ha militado á las órdenes de Cortés.

—Para que te convenzas de la falsedad de lo que te contó, lee estos documentos que he recibido.

Y le entregó unos despachos de Diego de Velazquez, en que daba detallada de la conquista.

Hay que advertir que estos documentos los hacia en España Anton Perez con los datos que adquiria en los que mandaba Hernan Cortés.

Adjudicaba al amigo de Fonseca lo que habia hecho el valiente caudillo, y trataba al mismo tiempo de desprestigiar á este, presentándole como ambicioso vulgar, cobarde y sin condiciones para realizar los designios que le habian llevado allende los mares.

El obispo Fonseca observaba á su hermano durante la lectura de aquellos falsos documentos, y al ver el efecto que en él producian, le preguntó al terminar:

—Vamos, ¿qué dices ahora?

—Que efectivamente estaba equivocado respecto á la conquista de las Indias.

—¿Y no crees que el que ha acometido tan colosal empresa, el que arrojando tantos peligros se ha hecho dueño de aquel vasto país, es un hombre superior?

—Indudablemente.

—Paes bien; Diego de Velazquez es el esposo que he elegido para tu hija. Noble, rico, con la aureola de la gloria y dotado de un carácter bondadoso, amable, hará la felicidad de Petronila,

—¿Y él será gustoso á contraer este enlace?

—No tengo la menor duda; á mí me debe principalmente la brillante posicion que ocupa, porque por mi influencia fué nombrado gobernador de aquellos países, y se alegrará muchísimo manifestarme su agradecimiento, accediendo á dar su mano á tu hija.

—¡Oh! Con nada del mundo podrá pagarte Petronila el interés que manifiestas en su favor.

—No hablemos ahora de eso. Llama á tu hija, participale el objeto que aquí me ha traído y si, como no dudo, acoge benévolamente nuestra proposicion, daremos los pasos oportunos para la boda, y dispondremos lo necesario para que Petronila se embarque en Sevilla con direcion á las Indias.

Petronila fingió gran entusiasmo por el enlace que la proponian, y adivinando una intriga en contra de Hernan Cortés, se propuso manifestar lo que ocurría á Francisco de Montejo.




---

## Capítulo XXXII.

---

En el que se nombra un tribunal para juzgar al obispo Fonseca y á Diego de Velazquez, y su resultado, con otras cosas interesantes.

Apenas enteró Montejo por su amada de los propósitos de su tío el obispo, se puso en camino con direccion á Sevilla.

Quería conocer todas las maquinaciones de los enemigos de Cortés, y el medio más seguro de realizarlo era procurarse un empleo en la casa de contratacion que en dicha ciudad habia establecido el obispo, y en la que desempeñaba el empleo de contador Juan Lopez de Recalde.

Valiéndose de un disfraz, y por medio de la recomendacion de un canónigo, pudo conseguir formar parte de las oficinas de Recalde.

Allí supo que tenia orden de Fonseca de no dejar pasar á la Nueva España hombres, armas, hierro,